

Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
XIII Sínodo General de la Congregación
Homilía – 13 de septiembre de 2008

Queridos Hermanos y Hermanas:

Es motivo de gran gozo poder celebrar con vosotros en este Santuario del pueblo mejicano y de toda América Latina, dedicado a María, la madre de Dios, afectuosamente llamada por el pueblo “La Morenita”. Hemos venido a este lugar sagrado para pedir su protección para el Sínodo, para toda la Congregación Pasionista y para su misión en el mundo. A Ella, Nuestra Señora de Guadalupe, le confiamos los religiosos que viven y trabajan en 58 países; así como también le confiamos a Ella cuanto es objeto de nuestra responsabilidad de Superiores Mayores. La invocamos para que nos ayude a llevar a cabo lo que su Hijo Jesús nos pide en estos días con el proceso de Reestructuración. El también nos habla hoy con las lecturas del día que acabamos de escuchar.

La lectura de la primera carta de San Pablo a los Corintios nos recuerda que el cáliz de esta Misa es comunión con la Sangre de Cristo y el pan que partimos es comunión con el Cuerpo de Cristo. “Porque hay un solo pan, nosotros, a pesar de ser muchos, somos un solo cuerpo”. La Eucaristía es signo y razón de nuestra unidad y a la unidad debemos tender con todas nuestras fuerzas. “A pesar de ser muchos somos un solo cuerpo”. Es una constatación en Cristo, en la fe; pero también es un objetivo por alcanzar en este Sínodo mediante opciones operativas por la comunión y la solidaridad, superando diferencias entre nosotros y la pobreza al interno de la misma Congregación. En sintonía con esto, invocamos en el Canon de la Segunda Plegaria Eucarística: “Dónanos la plenitud del Espíritu Santo para que seamos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu”. Huyamos de la idolatría, como nos invita San Pablo en la Carta a los Corintios, liberémonos de nosotros mismos, de nuestro egoísmo y de nuestros miedos; el Espíritu Santo podrá actuar en nosotros y seremos capaces de realizar la profecía de la unidad y del compartir, como las primitivas comunidades cristianas. Eran un solo corazón y una sola alma y “todo lo tenían en común” (Hechos 4,32) y esto hacía exclamar a quienes los observaban: “¡Mirad cómo se aman!”. Eran un signo y sus opciones se convertían en mensaje. ¡Queridos hermanos, realicemos la profecía que hay en nosotros, celebremos la Pascua de la solidaridad!

Seremos como el árbol bueno que produce frutos buenos, del que habla hoy Jesús en la perícopa del Evangelio de Lucas, porque “el hombre bueno saca fuera el bien del buen tesoro de su corazón” (Lc 6, 44). Jesús extiende un puente de verificación entre las palabras pronunciadas, la oración misma y lo concreto de sus opciones. En nosotros, las palabras pronunciadas y las opciones tomadas son a menudo divergentes: “¿Por qué me llamáis ‘Señor, Señor’ y luego no hacéis lo que os digo?” (Lc 6, 45). Cada uno de nosotros en su yo profundo y todos como Sínodo debemos preguntarnos y examinar si este interrogante está dirigido también a nosotros. En todo caso, nos interpela. Es una pregunta que no podemos eludir. Jesús nos da indicaciones acerca de cómo responder a la pregunta y permanecer con Él: a) escuchar su palabra; b) llevarla a la práctica. Su palabra es el Evangelio y, para nosotros pasionistas, su palabra también son las Constituciones, es el amor: “Amaos como yo os he amado”; “No hay amor más grande que entregar la propia vida”. Palabras que han encontrado su realización concreta en Él, Crucificado. Sobre la Cruz, la palabra y su realización amorosa coinciden en Jesús, Verbo del Padre. Él es la Palabra crucificada.

Y el trozo evangélico leído hoy prosigue con una parábola. Quien escucha las palabras de Jesús y las pone en práctica es similar a un hombre que construye la propia casa sobre roca. Se desbordó el río, irrumpieron las aguas, pero la casa permaneció firme. Escuchar, discernir, poner en práctica es nuestra tarea personal y la tarea del Sínodo para dar solidez y vida a la Congregación. Roca de fundación es para nosotros el Crucificado y la “Memoria Passionis” presente aún hoy en los sufrimientos de los hombres y mujeres crucificados por las injusticias, por la pobreza y por la violencia y esto nos impulsa a actuar. El Sínodo es una oportunidad que no podemos perder. La caridad exige la libertad del corazón para ser capaces de dar y de

recibir al interior de la Congregación y fuera de ella y para estar abiertos a la novedad de vida que Dios pide hoy a nuestra Familia Religiosa Pasionista.

María, Nuestra Señora de Guadalupe, “la Morenita”, nos conceda el corazón simple de “Juanito, Juan Dieguito” para que podamos escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica. Amén. Amén.

P. Octaviano D'Egidio
Superior General C.P.